

Vladimir De Semir

Comisionado de Cultura Científica. Ayuntamiento de Barcelona

Ciudadan@s del conocimiento

La sociedad del conocimiento sustituye a velocidad de vértigo a la sociedad que heredamos de la revolución industrial y estructura una sociedad en la que el saber -como avanzó hace ya décadas Peter Drucker- convierte al trabajador no sólo en un motor para el mundo económico sino incluso en un capital, diametralmente alejado del concepto trabajador = coste que ha predominado hasta ahora en el mundo del trabajo transformador de materias primas. Hoy, en esta sociedad que sienta las bases de lo que deberá ser nuestro modelo social y económico en el siglo XXI, los bits y -sobre todo- las neuronas reemplazan a las chimeneas, especialmente en los grandes núcleos urbanos donde ineluctablemente se va concentrando la población y por ello buena parte de la mayoría de la actividad productiva.

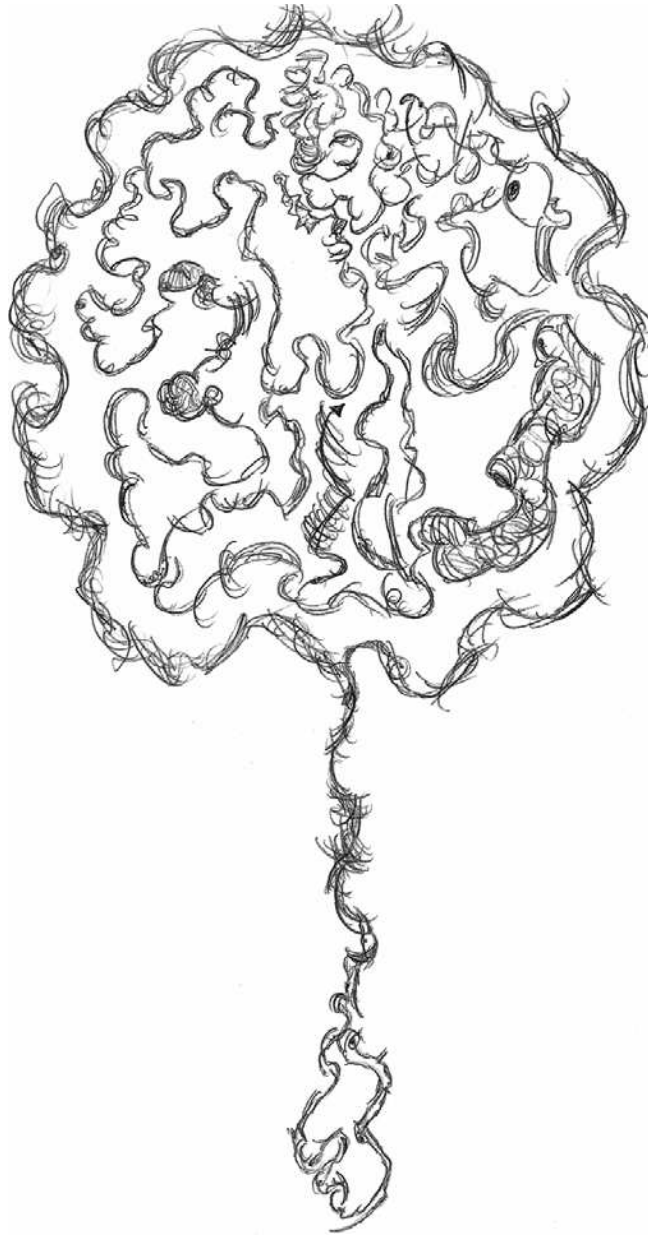
Esta construcción de la sociedad del conocimiento supone un salto cualitativo respecto a la sociedad de la información, concepto con el que estamos algo más familiarizados. La diferencia radica en que la sociedad de la información considera a los ciudadanos y ciudadanas como sujetos receptores, y por ello en buena parte agentes pasivos del sistema comunicativo imperante. La ciudadanía de la sociedad del conocimiento ha de ser muy diferente: ha de ser capaz de diferenciar entre información y comunicación, impulsar su espíritu crítico y sobre todo desarrollar capacidad de discernimiento para poder estar en condiciones de escoger. Aunque esta transformación de la sociedad va a ser global, será en las ciudades donde se materializará con mayor fuerza. Por las citadas razones demográficas, pero sobre todo porque va a ser una absoluta necesidad para la configuración de una sociedad urbana con correcta cohesión social y adecuado desarrollo sostenible y duradero.

En efecto, un equilibrado tejido urbano requiere fundamentalmente tres actividades: residencia, ocio-cultura y actividad productiva. Por jemplo, en el caso de Barcelona, si dejáramos que la iniciativa privada actuara libremente con la visión puesta sólo en el corto o medio plazo acabaríamos convirtiéndonos rápidamente en un modelo basado fundamentalmente en promoción residencial y en actividad lúdico-turística-comercial, con el que conviviría el residuo de la tradicional actividad productiva postindustrial que mayoritariamente tiende a instalarse en las periferias urbanas. Inmediatamente podemos apercibirnos que éste sería un modelo sin futuro, descohesionado e insostenible porque requeriría que todas las comarcas nos visitaran con sus coches para comprar en el centro de la ciudad, que todos los autobuses de turistas del mundo circularan por Las Ramblas y que todos jubilados de los países con más poder adquisitivo se instalaran aquí atraídos por nuestro clima y pescadito frito. Pocos seríamos los que podríamos y desearíamos vivir en una ciu-

dad así. Entre otras cosas, porque los que no se dedicaran al mantenimiento de esta ciudad convertida en pseudoparque temático trabajando en el mundo inmobiliario y en los servicios turístico-culturales estarían obligados a largos desplazamientos en busca de otros trabajos y seguramente acabarían viviendo allende las fronteras naturales de la ciudad. Por ello, y evidentemente por otras muchas razones como por ejemplo velar que la irrupción de las nuevas tecnologías no acreciente la exclusión social que el excesivo criterio mercantilista conlleva, las administraciones -todas, pero sobre todo la municipal- tienen una responsabilidad histórica: pilotar con sabiduría y sensibilidad la transformación de nuestra sociedad hacia la era del conocimiento.

La transición de la sociedad que hemos configurado desde la revolución industrial hacia una sociedad basada en el conocimiento, de la mano de las tecnologías de la información y la comunicación, implica una creativa adaptación de nuestra economía y de las actividades productivas que la definen. Para ello es indispensable contar con una ciudadanía no sólo preparada y cómplice sino capaz de un aprendizaje continuado y con suficiente capacidad crítica para que no se vea comprometida la cohesión social. No sólo se trata de evitar la bien conocida fractura digital sino de luchar contra el peligro de una fractura educativa y cultural que los rápidos procesos de transformación económica y social pueden comportar. La promoción de la cultura científica y tecnológica es, por lo tanto, una necesidad indisoluble de este profundo proceso de cambio que se está produciendo en nuestra sociedad.

Desde el Gobierno municipal tenemos la obligación de construir la ciudad no sólo de pasado mañana, sino -como mínimo- la del siglo XXI, al tiempo que colaboramos en que nuestros hombres y mujeres se conviertan en auténticos ciudadanos y ciudadanas del conocimiento. Para ello es fundamental que impulsemos -si es posible, en consenso con las otras administraciones- la educación y la formación cultural continuada, que transmitamos los valores de la sociedad del conocimiento que ya poseemos, y que en lo posible hemos de mejorar y promover, como es el mundo de la formación profesional, el universitario y el de la investigación, y hacer viable que la transformación del tejido productivo de la ciudad no sólo cree riqueza inmediata sino que lo convierta en esa tercera actividad indispensable para que podamos hablar realmente de una ciudad con presente y sobre todo con futuro. Una ciudad, en suma, en la que las iniciativas autóctonas tengan salida y en la que se puedan acoger aquellas que vengan de fuera, atraídas además por las otras muchas cualidades que posee el modelo de ciudad mediterránea basada en la diversificación y la mezcla de actividades.



Desde que se dedica a la poesía no ha tenido ni un momento de calma, atormentado por toda clase de dudas. Un día, en el afán de vivir una vida segura, decidió ponerse al servicio de la corte; otro día, deseando medir el abismo de su ignorancia, intentó convertirse en hombre de ciencia, pero su amor insaciable a la poesía lo salvó de lo uno y de lo otro. Porque de hecho no conoce otro arte que el de componer versos, por el cual se limita a él con resignación.

Basho

SIMETRÍA INCOMPLETA

V. N.

Hora de construir,
de montar el retablo pieza a pieza
y alumbrar los espacios de la vida.

Mira aquí para ver el tiempo de los juegos,
el lugar del amor, el sitio de la risa,
el resplandor primero de la llama:
teselas luminosas de un mosaico sin sombras.

Tómalo; para ti: el fuego es tuyo.

Quiebra el viento la vela.
Callado, como siempre, se adelanta lo oscuro
con sus heraldos negros sembrando por el aire
la plomiza fanfarria de una música opaca.

Mira otra vez y dime,
en medio de la niebla, qué es lo que ves ahora:
¿Más allá de nosotros? Fama de la ceniza.

FRANCISCO RUÍZ NOGUERA

CAMPO DE BATALLA

Espero, sin demasiada convicción,
que algo permanezca inalterable.
Que tu verdad y la mía
abandonen el campo de batalla.

Que desaparezca este silencio.

Pero la lucha se ha vuelto desigual,
porque yo dudo
y ya no hay piedras
con las que chocar.

Por eso, al terminar el día,
son las rocas, y no yo,
desde su posición
de quien creyó entender el mundo
antes de que fuera mundo,
las que te hacen un guiño de complicidad.

Decides, entonces,
dormitar bajo su sombra

(siempre admiraste el dolor íntimo
de quien se sabe intocable por el cambio)

mientras yo, sin argumentos,
me alejo despacio...

ISABEL SALAS ROMERO

A LA CONDESA DE OLIVARES QUE PREPARA MI BODA*

Permitidme, serena bienhechora,
Pues sé que de mi boda estáis tratando,
Deciros sólo algún considerando
Acerca de quién pienso por señora.

No ignoro que es difícil dar con ella,
E intento hallar tamaña maravilla,
Acaso en este reyno de Castilla
No quede un ejemplar de tal doncella.

Habrà de ser matrona de quietud,
Para honra y salvación de mi morada;
¿De qué me sirve hembra desposada
Si pierdo en su compañía la salud?

Me inclino a una mujer de vucelencia,
Criada junto a vos y al señor Conde,
La dama que entre cien me corresponde,
Aquella que a ambos debe la obediencia.

He sido, como bien su Señoría
Conoce, un hombre malo en mil caminos,
No quiero cometer más desatinos:
Espero mucha vida todavía.

Yo soy gente de paz, de la Montaña,
Mis padres son artífices de Historia
Que llevan el pasado en su memoria:
Las tuyas mortifico aún con saña.

Quienes me quieren mal me llaman cojo
Y así quizá parezco por descuido;
No escojo yo ser renco ni torcido,
Mas si alguien me lo dice no me enojo.

No es aborrecible mi persona,
Ni busco la alabanza de contino:
Gustar a todos sé que es desatino,
No es ésa, desde luego, mi intentona.

La dueña debe ser de noble cuna,
Virtuosa cual casada, no ermitaña,
No pienso en la beata ni en la huraña,
Ninguna de las dos es la oportuna.

Si es lista, no camine pregonando
Que sabe incluso más que un catedrático,
Prefiero ser objeto del Viático
A padecer su voz de doctorando.

Me muestro, en ese caso, partidario
De aquella que aparezca como necia;
Ninguno a una ignorante la desprecia,
Cualquiera de la sabia es adversario.

No la pretendo fea o muy hermosa:
La fea no acompaña, sino asusta,
La demasiado hermosa a todos gusta,
No anhelo ni la una ni otra cosa.

No ansío mujer pobre ni muy rica
Porque ni ella me compre ni yo a ella,
Me aterra por dinero haber querella,
El oro, ¡de qué forma perjudica!

Pensando en su talante, va enseguida:
Me atengo a la que alegre mi existencia;
La triste es demasiada penitencia,
No admito estar de pésame por vida.

Vistiendo habrá de ser mujer galana,
Gustándose a sí misma abiertamente,
Sin propasar un punto lo decente,
No vayan a crearla cortesana.

En cuanto a de color blanco o morena,
De pelo negro, rubio, o bien castaña,
Que sea como es, pues mucho daña
Mentir con otra piel y otra melena.

Si gorda o flaca decidir debiera,
Declino de la gorda, aquí no hay duda,
Pues doña Mucha es cuba, y siempre suda,
Lo dijo el Arcipreste a su manera.

Tampoco quiero niña; y, menos, vieja.
Aquella es cuna, y ésta es ataúd,
Aquella es moco, y ésta es un alud
Que de la cumbre más y más se aleja.

Mejor me viene hecha que pasada,
Y, desde luego, moza me contenta,
Es ésta jugo, sal, pimienta,
La otra no me tienta para nada.

Hablando de parientes, es notorio
Que pido tenga padre y madre juntos,
Ahorrar no busco gastos de difuntos,
Las tías tomaré en el purgatorio.

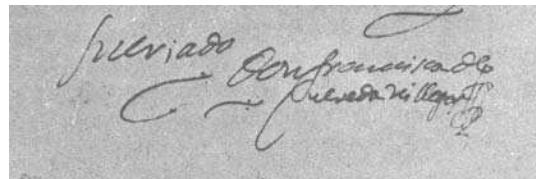
A Dios, si nada oyese, daré gracias,
Y más aún si tartamuda fuera:
No habría una visita que quisiera
Pararse con quien sufra esas desgracias.

Y tengo para mí que una mujer
De mala condición no está de más,
La bien condicionada pierde el gas
Quejándose a diario por doquier.

Mi gusto, por demás, se colmaría
Si entre los dos usamos una dueña,
Alguna viejecita, un pequeña,
Por menos padecer su cercanía.

Para acabar de veras y en verdad
Declaro que sin dicha estar casado
Podré, mas arduamente malcasado:
No va con ese tipo ya mi edad.

Dé Dios a vuecelencia larga vida,
También al Conde-Duque, mi señor,
A quien deseo siempre lo mejor,
Y acepte mi sucinta despedida.

A photograph of a handwritten signature in dark ink on a light-colored, textured paper. The signature is written in a cursive, calligraphic style. The name 'Quevedo' is clearly legible at the beginning, followed by 'Don Francisco de' and 'Quevedo Villanueva' in smaller, less distinct script. There is a small circular mark or stamp at the end of the signature.

* **A** finales de enero de 1632 Quevedo extiende poder a Antonio Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, otorgando las capitulaciones para el casamiento que trata -porque así se lo ha buscado la esposa del Conde-Duque- con una viuda: doña Esperanza de Mendoza, señora de Cetina y sus cinco Villas. Seguramente de esa época es la carta que publicaría entre sus “opúsculos festivos” donde da noticias sobre su propia persona y condición, aquí transcrita en verso con ciertas libertades por **Antonio A. Gómez Yebra**.